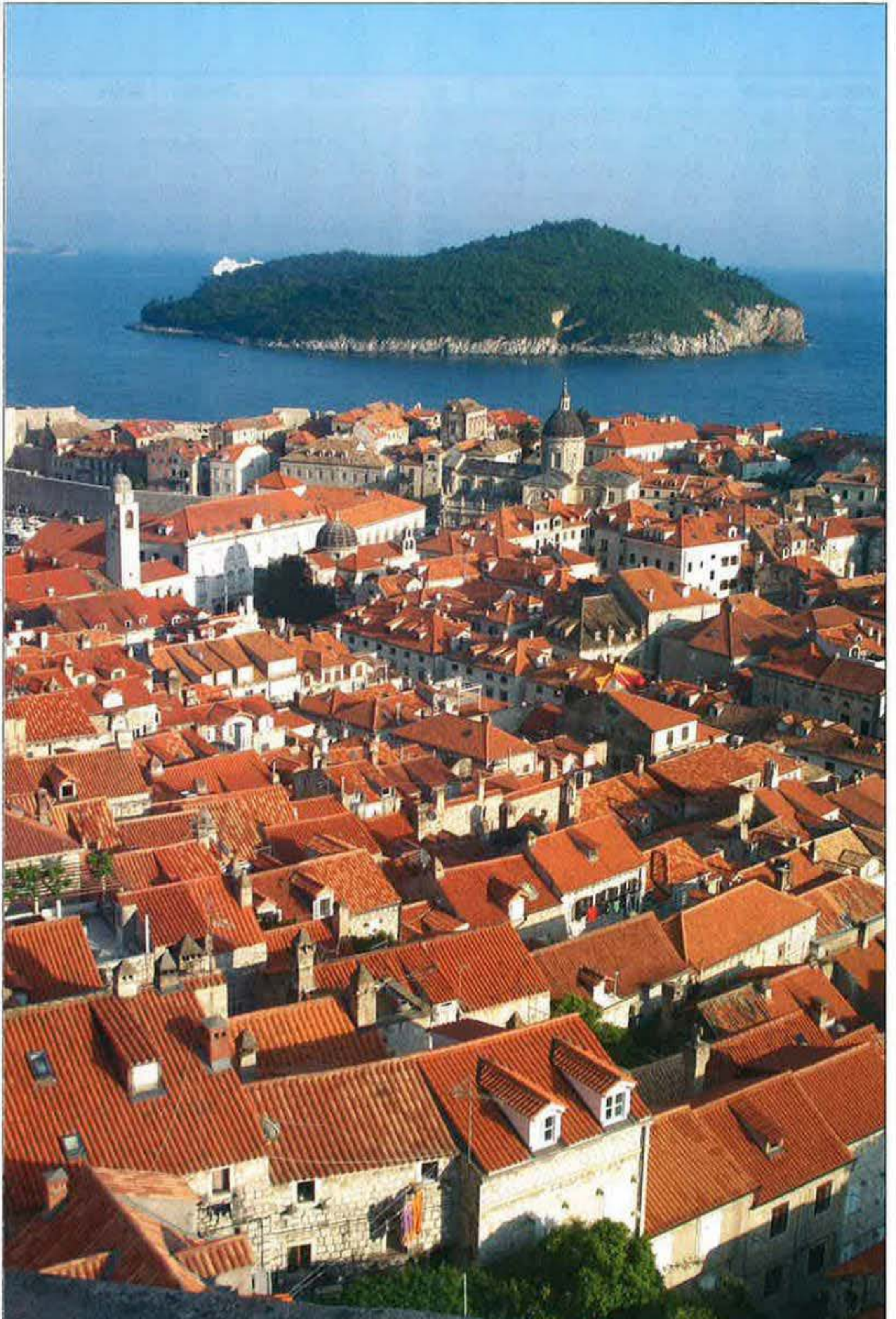




M>A>X>I>M>U>M

Dubrovnik es, sin duda, una de las ciudades medievales más bellas del mundo.

Y mejor conservada, a pesar de sus innumerables asedios, el último de hace poco más de una década. Pero ¿saldrá también incólume de los 'devoradores de paisajes', el turismo masivo del siglo XXI?



DUBROVNIK

LA PERLA ASEDIADA

DIEZ MILLONES DE MISILES TURÍSTICOS

VISITAR CROACIA: 5.800 Km de costa y 1.100 islas vírgenes. El récord histórico del turismo en Croacia se registró en 1987, con 10,5 millones de visitantes, 8,8 millones de ellos extranjeros. Este año estará cercana a igualar esa cifra, en torno a los 10 millones. Alemanes, italianos y eslovenos son los tres pilares del turismo en la joven nación croata, pero los españoles estamos creciendo como la espuma por el efecto Dubrovnik, más de 100.000 el año pasado (+40%). Y es que la ciudad vieja rehabilitada acoge ya más de un millón de visitantes cada año, muy concentrados en la temporada alta. Como el casco medieval es de dos kilómetros cuadrados, el efecto muchedumbre puede ser crítico en la Stradun y en la muralla. ¿Cuánto puede soportar Dubrovnik sin ser "devorada" por sus visitantes y convertirse en un parque temático sin alma? Difícil pregunta que requiere respuestas delicadas.

Claro que estamos hablando del primer negocio de Croacia, que el año pasado dejó más de 6.000 millones de euros, nada menos que el 21% del PIB. Pero las disparatadas fronteras de este pequeño país tienen 5.800 Km de costa, casi virgen de cemento en buena parte, con más de 1.200 islas de considerable tamaño, de las que sólo medio centenar están habitadas. Es cierto, hay

pocas playas de fina arena, pero, por ejemplo, las condiciones para la navegación deportiva son extraordinarias (hay 50 puertos deportivos). Un activo croata es la hospitalidad y buena disposición de sus gentes y un pasivo empieza a ser que su oferta está asociada a bajos precios-baja calidad, cuando en Dubrovnik se ha producido una peligrosa escalada de precios, con demasiada frecuencia disociada de paralelos incrementos de calidad. Los precios de los inmuebles en el casco viejo se han ido a la estratosfera, más de 12.000 euros metros cuadrado, en vivo contraste con los salarios medios, que no pasan de los 600 euros al mes. Los cinco estrellas de Dubrovnik están sobre los 300 euros por noche, habitación sencilla en temporada alta. Algo no cuadra.



TEXTO Y FOTOS: MIGUEL ORMAETXEA

El 6 de diciembre de 1991, una lluvia de bombas de aviación, misiles y granadas cayeron sobre el casco viejo de la ciudad croata de Dubrovnik —de poco más de dos kilómetros cuadrados y declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco— durante 12 horas sin parar. Ardieron el 60% de los techos de las casas y monumentos; la famosa calle principal, el Stradun, recibió 43 impactos directos, y su magnífica muralla del siglo XVI, un total de 111 impactos. Más de 2.000 bombas cayeron durante la guerra civil yugoslava sobre este casco histórico. La Perla del Adriático era una gran pira de humo en aras de la estupidez serbia, que creyó que con los tanques del ejército yugoslavo podría volver a unificar el rompecabezas balcánico del partisano Tito.

El 4 de mayo de 2008 lucía un sol radiante sobre el immaculado casco de la ciudad, con sus rojos tejados de tejas visiblemente nuevas. Apenas en las blancas fachadas de pie-

dra se advertían las huellas cuidadosamente reparadas que las ametralladoras serbias habían dejado durante la inútil contienda. Un gran agujero de misil en una esquina del Monasterio Franciscano se muestra ex profeso como testigo del desatino. Varios edificios destacados están piadosamente cubiertos con el sudario que oculta el trabajo de los restauradores. Pero las economías modernas globalizadas hacen el milagro de borrar en un tiempo récord las huellas de batallas devastadoras. Sobre todo si estamos ante un polo de atracción turística de primera división mundial. Dubrovnik recibirá este año en torno al millón de turistas, muy concentrados en la temporada que va de junio a septiembre. Pero ya en este puente de mayo el pequeño casco está abarrotado y el idioma español es uno de los que más se escuchan (un crucero ha desembarcado más de mil españoles con su botella de agua en ristre). La muralla, sin duda una de las más bellas y compactas del mundo, de casi dos kilómetros de perímetro, ha sido tomada al asalto por varios miles de visitantes que avanzan



LOS DESASTRES DE LA GUERRA

La guerra entre las naciones de la ex Yugoslavia, sucedida entre los primeros años de los 90, presenta aspectos de insólita crueldad y absurdo en el corazón de Europa. "Yugoslavia no es un país, es un laboratorio", dijo alguien y la frase hizo fortuna. Ese laboratorio ha dado monstruos que están lejos de haber sido enterrados. A la muerte de Tito, Yugoslavia estaba formada por seis repúblicas federadas, dos provincias autónomas y cinco naciones. Ahora son siete Estados independientes... pero la cuenta puede no haber terminado. Era uno de los Estados más ricos del antiguo bloque

comunista, pero el sistema de autogestión había llegado a sus límites. La guerra tuvo, claro está, causas económicas. En junio de 1991, las dos repúblicas más ricas, Eslovenia y Croacia, declaran su independencia, para librarse del centralismo serbio. Pero Serbia domina el ejército de la ex Yugoslavia y un nacionalismo exacerbado la empuja a la hoguera, en un viejo atavismo que no tiene en cuenta la interdependencia del siglo XXI que ya asoma por el horizonte. El desastre es monumental: el PIB de la ex Yugoslavia se recorta un 50% entre 1990 y 1993. Serbia retrocede varias

décadas bajo las bombas de la OTAN. La inflación llegó al 6% ¡a la hora! Serbia se ha recuperado con la sorprendente vitalidad que muestra la economía globalizada, desde la caída de Milosevic en 2000. Pero aún el paro está en el 30% y la deuda externa es del 34% del PIB. Su renta per cápita es menos de la quinta parte de la española. Ahora va a privatizar 2.814 empresas estatales, un ambicioso plan de 30.000 millones de euros, llamando a la puerta de la UE... si los demonios desatados por la independencia de Kosovo no vuelven a meter la pezuña en la sopa.



Peregrinación al puente de Mostar. El agua baja en Mostar impetuosa y clara, entreverada en las calles empinadas; a un lado de la corriente, los bosnios croatas, al otro, los bosnios musulmanes, y desde allí disparaban los serbios, nos dice el guía local. A diferencia de Dubrovnik, aquí las huellas de la guerra están por todas partes, esqueletos de edificios, impactos de artillería y casas picadas de una viruela desatada y salvaje. Mostar tenía 17 puentes y no quedó ni uno, incluido el más célebre de los puentes de los Balcanes. Hoy luce reconstruido, tal vez demasiado impoluto junto a casas desveredadas. Se ha convertido en un lugar de peregrinación turística, toda una procesión recorre sus desgastados adoquines originales. Los bosnios han descubierto una nueva fuente de los tan necesitados ingresos: los clavadistas se tiran al agua desde lo más alto del puente por 30 euros, no quieren los desgastados marcos bosnios. Lucen sus cuerpos tatuados, brillantes de agua. "Un puente sobre el Drina" es la obra maestra del Premio Nobel Ivo Andric. Si Bosnia tiene un futuro —todos nosotros— pasa por ese puente. Merece la pena las dos horas y media de zigzagueante carretera para llegar a Mostar desde Dubrovnik.

☞ como los fieles a la salida de una iglesia en domingo, tras haber pagado su billete de acceso. El sol aprieta y pienso cómo será esto en agosto. Se tarda más de una hora en dar la vuelta a la muralla, que tiene 25 metros de altura sobre el mar azulísimo y las empinadas calles zigzagueantes. La vista es prodigiosa, con la cercana isla cubierta de verde, desde las 16 torres de defensa origi-

nales. Las heladerías de la Stradun tienen cola en la puerta.

La muralla de Dubrovnik tiene nada menos que seis metros de sólida piedra a lo ancho. Suficiente para desafiar a los misiles modernos, a pesar de sus cuatro siglos. Pero no fue sólo la anchura y solidez de sus murallas las que mantuvieron a la ciudad-estado, la República de Ragusa, práctica-

Bosnia se llevó lo peor. La guerra se cobró 270.000 víctimas, civiles casi todas, y desplazó a casi la mitad de la población. Su pequeña y pobre economía de 2.400 dólares per cápita antes del conflicto se redujo al 35% del ya exiguo total. Se destruyeron el 80% de sus instalaciones industriales y el 70% de las viviendas resultaron devastadas o muy dañadas. A pesar de los 5.100 millones de dólares de ayuda internacional, la economía bosnia es dudosamente viable: las exportaciones sólo cubren el 30% de las importaciones imprescindibles. Croacia entrará en la UE en otoño del año

que viene: ésa es su gran apuesta. Pero no sin coste. Una de sus principales industrias es la naval, tiene tres grandes astilleros y el 1,5% del mercado mundial de la construcción naval. Pero depende totalmente de las ayudas estatales que la Unión no tolera. Sus astilleros facturaron el año pasado 700 millones de dólares, pero perdieron 500 millones. Difícil papeleta. Aleksander Hajduka es un hombre de negocios croata, que pilota una empresa de comercio exterior española, que este año cumple sus bodas de oro, Transmadrid. Hablamos sentados junto a la estatua del misterioso caballero de la

espada, en la columna de Orlando, mientras el desfile de la procesión visitante suda bajo el potente sol de mayo. Con un castellano pulcro, nos habla del necesario esfuerzo que debe hacer Croacia en esta coyuntura, del "inat", el empeño que define el alma bosnia. Croacia –dice– tiene algunas buenas bazas, como su relativo avance en telecos y TICs. Nos llama la atención sobre su avanzado sistema para pagar el parking de los automóviles por SMS, vigente en Croacia desde hace varios años, que buena falta nos haría en Madrid. Su receta es: "Más 'inat' y menos teatro". Amén.



Los grandes cruceros han tomado Dubrovnik como escala habitual.

mente independiente desde 1205 hasta que se rindió a Napoleón en 1808. La llamada "Atenas Eslava", cuajada de arte y cultura, gran rival de la Serenísima República Veneciana, un punto crucial y estratégico para el tráfico de mercancías entre Oriente y Occidente, desarrolló hasta límites florentinos –y más allá– el gran teatro de la diplomacia. Pactó con el mayor imperio de su época, el otomano, y vendía los secretos de los venecianos a la Sublime Puerta con una mano, mientras que con la otra traficaba con la Serenísima la información vital sobre los avances de los turcos hacia Viena.

A los dubrovneses les ha quedado ese arte del teatro que no pudo borrar ni la dictadura comunista de Tito –que encabezó el movimiento de los No Alineados en plena guerra fría– y que a veces aflora en ofertas de fachada de cara al maná turístico. Pudimos comprobar el envés más pedestre de la pantomima en una pomposa oferta de

excursión por tres islas cercanas, con capitán y guía en inglés, catering a bordo con bebidas alcohólicas a discreción gratis total, que resultó una precaria patera en la que subimos una docena de aventurados excursionistas, embarazada incluida. El capi, que representaba a la tripulación al completo, era un tipo sonriente y voluntarioso, que nos servía vino blanco y aguardiente en botellas de plástico sin padre, mientras que vigilaba por encima del hombro el rumbo del timón, desamparado a cinco metros de las rocas de la costa. Cuando con un suspiro llegábamos a una de las islas, el marinero croata gritaba: "Twenty five minutes". Y se encendía un cigarrillo. Al regreso, claro está, el motor hizo "¡pluff!" en medio de dos islas, la embarazada se puso blanca como el papel (no llevábamos salvavidas), hasta que un colega que pasaba por allí nos lanzó un cabo y nos remolcó. El atraque al paio en Copacabana Beach fue para filmarlo, ¡palabra!

Más información:

El hotel recomendado.

Sólo hay un hotel de categoría en el casco viejo de Dubrovnik, el pequeño Pucic Palace, de cinco estrellas, en la céntrica Plaza Ulica, donde se celebra un mercado. La exquisitez cuesta entre 300 y 1.000 euros la noche. www.thepucicpalace.com



El Hilton Imperial, junto a la principal puerta de entrada, tiene el mejor servicio. Y las mejores vistas, en el Excelsior, todos de cinco estrellas. El restaurante de alta cocina es el Atlas Club Nautika, preciosa terraza sobre las murallas, servicio lento, raciones minimalistas, platos tradicionales pasados por un chef estrella. Cuenten 50 euros sin vino. El restaurante popular, en el puerto viejo, colas ante su entrada, no reserva, se llama Lokendo Peskanja, un tipo de local donde no es fácil salir decepcionado por 20 euros.